

# PARA CONTINUAR EL DIÁLOGO

RAFAEL ALVIRA

En un planeta geográficamente unificado, globalizado en lo económico con una economía que pivota centralmente sobre el comercio y, por tanto, sobre el dinero (sin el que el comercio es imposible), pero sin suficiente unificación jurídica ni política y –lo más importante– sin unificación ética ni religiosa, es decir, todo sumado, con deficiente unidad cultural, el clásico tema del poder adquiere matices nuevos y proporciones enormes.

Todo poder se ejerce sobre un espacio: poder físico sobre espacio físico, psíquico sobre espacio psíquico, y de modo análogo en los planos económico, político, etc. El poder no es sólo una realidad natural, sino además algo imprescindible para la generación y el mantenimiento de un orden sin el cual el ser humano no puede desarrollar su humanidad.

Cuanto más débiles sean los vínculos interiores que unen a una sociedad, mayor habrá de ser el poder exterior coactivo que se ejerza sobre ella para poder mantener el orden. La presente circunstancia histórica, en la que el mundo está globalizado sólo con vínculos exte-

riores –reglas económicas, algunas jurídicas– exige para la salvaguarda del orden un poder sin precedentes en la historia.

Y puesto que los vínculos profundos entre los seres humanos se generan lentamente, y además los poderes actuales ni siquiera se plantean la posibilidad de pensar cuales serían y cómo se fomentarían, el resultado es sorprendente. En efecto, dado que la globalización actual –en vías de realización plena– es económica, el poder mundial habrá de ser económico, pero como la economía es sólo una dimensión de la vida humana –que se distingue de las otras, pero no se puede separar de ellas– ese poder habrá de ser también político.

Se puede intentar desconectar ambos poderes, pero los poderes –mal que le pese a Montesquieu– no se pueden separar; se pueden y deben distinguir las funciones del poder, lo que es bastante distinto. Los poderes no se pueden separar por la razón simple ya antes apuntada de que el fin de todo poder social es el orden, pero si no hay un poder último –el que tiene la última palabra– el orden es imposible.

Y, a su vez, si no hay una unidad cultural en los gobernados, ante la falta de unidad en la base social el orden habrá de ser necesariamen-

te impuesto por la coacción del gobernante, poder que no se puede corregir mediante la presunta “separación” democrática de mundo político y económico, que es tan ficción como la separación de los “tres poderes”. El conveniente “contrabalance” de poderes sólo puede funcionar en una sociedad cultural y espiritualmente unificada.

La famosa corrupción que invade hoy nuestras sociedades no es sólo consecuencia de los vicios de determinados individuos, sino que está claramente facilitada por el sistema, ya que toda ficción estructural genera acciones incorrectas. Por eso, las actuales medidas “anticorrupción” se asemejan a la medicación que se prescribe a un enfermo que debería ser operado, pero no se atreve. La operación consistiría en tomarse en serio el apoyo a las tres instituciones que pueden mejorar individuo y sociedad al tiempo: familia, centros de enseñanza, Iglesia.

Nunca un senado –que es muy necesario si es bueno– puede gobernar. La ONU es un senado, pero gobiernan los USA, por ahora, y a través de los dos medios hoy precisos para ello: el dólar y el ejército. Ambos coactivos. Sorprendente en el país de la libertad y en un mundo presuntamente libre.